

y á los decuriones de los municipios romanos, que debian celar, censurar, y cuando fuese preciso, corregir, la vida privada de las gentes. Componian, pues, tales empleados conjuntamente con los obispos ó ancianos, una suerte de policia civil y eclesiástica, muy propensa por su extraña organizacion al abuso. Reprensos de vicios privados, habian de dar su repension al público, encargados como estaban de impedir la comunión religiosa, la Cena espiritual, á cuantos no tuviesen vida privada bien pura. Tal determinacion sirvió de piedra de escándalo á las primeras disputas entre los ciudadanos de Ginebra y su apóstol Calvino, al par que de causa y motivo al destierro de este, por lo cual tuvo mayor empeño en que prevaleciera, á pesar de las muchas dificultades prácticas en su observancia y ejercicio. Hé aquí en breves palabras la naturaleza íntima del Estado teocrático y las partes principales de la organizacion dada por Calvino á la ciudad que, desde aquella época, debia ejercer en la tierra el glorioso ministerio de fundar la República cristiana.

CAPITULO IX

CALVINO COMO PREDICADOR

Parece imposible que obra tan magna, como la de Calvino, haya podido cumplirse durante la brevedad rapidísima de su existencia. Nacido el año nueve de la centuria décimasexta, y muerto el año sesenta y cuatro; en menos de medio siglo, porque los dias de la infancia no pueden contarse para cosa de provecho, en menos de medio siglo, decia, realizó uno de los trabajos mas colosales que recuerdan y guardan las historias. De tres á cuatro mil sermones pronunció; trazó escritos, que componen muchos volúmenes en folio; gobernó moral y materialmente á un gran pueblo; disputó sin descanso, en múltiples conferencias teológicas; comentó las Escrituras; sostuvo una increíble correspondencia epistolar; organizó solo en Francia mas de dos mil iglesias; y no encontró en su larga y trabajosa vida ni una hora siquiera de reposo. Todos los domingos asistia personalmente al servicio divino, que desempeñaba en semanas alternas. Cada ocho dias celebraba una conferencia teológica de tres horas. Los juéves asistia indefectiblemente á los Consistorios, los viérnes á las Congregaciones. En uno y otro punto, sus enseñanzas tomaban el carácter de una verdadera leccion; y equivalian, por lo mismo, á dos discursos semanales. En dias y momentos, de antemano convenidos, visitaba en sus hospitales á los enfermos y en sus asilos á los refugiados protestantes.

El carácter de sus sermones antes parecia práctico que teórico, antes moral que dogmático. Surgian por su propia virtud, como las flores en los campos, de los textos bíblicos ó evangélicos. Por regla general un capítulo de los

libros sagrados, una leccion de los apóstoles, el evangelio correspondiente á cada dia, las epístolas de San Pablo le procuraban el tema capital de sus disertaciones. La catedral de San Pedro en su grandeza pareciale como teatro apropiado á la enseñanza. El auditorio no solo se componia de ginebrinos, atentos á seguirle por todas partes y á escucharle con provecho, sino de refugiados, que iban allí en pos de algun consuelo para sus almas atribuladas.

El estilo del reformador apropiábase á la naturaleza del pensamiento, claro este y claro aquel. El mérito de tan gran predicador consistia en la estrecha correspondencia entre la palabra y la idea, compenetradas por tan maravillosa manera que no podian separarse sin romperse. Falto de sentimiento, y falta de fantasía tambien, inútil buscar en él, ni los arrebatos que persuaden, ni las imágenes que halagan. Sus ideas tienen tal naturalidad, que parecen producidas por los mismos á quienes se dirigen, y su estilo tal familiaridad que parece una conversacion abundante. Claro, de suyo, el pensamiento, daba sin esfuerzo definiciones exactas y distribucion rigorosa en el desarrollo de los términos. Si puede decirse que la claridad sobresale y resalta entre todas las calidades internas de su espíritu; puede tambien decirse que resaltan el vigor y la fuerza entre todas las calidades sobresalientes de su lenguaje. Fácil, facilísimo, hasta llegar de suyo á la abundancia y al exceso, no se curaba cosa de la correccion, así en la palabra hablada como en la palabra escrita; y no tenia escrúpulo alguno de repetirse y de copiarse á sí mismo con sobrada frecuencia. Dado principalmente á probar, no sentia nunca fatiga en tal empeño. Y como no sentia nunca fatiga, no pensaba que pudiera fatigar á los demás. Sus sermones, por ende, parecen muchas veces alegatos de vocero machacon, que nunca cree llegar á lo bien probado. Así, los argumentos se atropellan unos á otros, saliendo á borbotones y sin ningun método. Así no temais encontrar en sus arengas el follaje producido por una imaginacion ardiente, allá en los discursos de los grandes artistas, llenos frecuentemente de una superabundancia natural como la viciosa vegetacion de los trópicos. Pero, si no tiene Calvino tales excesos, adolece de una acumulacion de pruebas, por tal manera informe y fatigosa, que frisa frecuentemente con la extravagancia y la incoherencia. Pero, aparte de semejantes monstruosidades;

cuando resulta en el discurso que se posee á sí mismo con imperio, y que á sí mismo se muestra y se revela con verdad; la energía de su idea coincide con el vigor extraordinario de su frase.

Imposible tal dominio sobre la expresion, cuando se desconocen por completo ó se conocen á medias los grandes instrumentos de la idea, es decir, las lenguas. Calvino imperaba sobre dos con igual imperio; sobre la lengua francesa, propia del siglo décimosexto, y sobre la lengua latina, propia del artístico Renacimiento. En latin, á decir verdad, no puede compararse con los latinistas romanos, que escribian allá en los dias de su infancia. El gran latin ciceroniano de la corte de Leon X no estaba tan solo en la expresion, en el lenguaje, en el estilo; estaba en el sentimiento y en la idea tambien. La reaccion clásica en contra de la Edad media católica resucitaba un Paganismo tal, que volvía, en su virtud, el habla romana y helena como volvian los dioses helenos y romanos. Por consecuencia, los latinistas del tiempo de Leon X calcaban sus frases sobre las frases de los primeros escritores latinos á quienes tomaban hasta la médula del pensamiento. No así Calvino. En su combate á muerte con la Roma pontificia del Catolicismo, envolvía tambien á la Roma artística del Renacimiento. Y huyendo con horror de su espíritu, huía tambien con horror de su estilo. Eminentemente cristiano, y evangélico, y teológico; su lengua resultaba cristiana, evangélica, teológica tambien; lo mas contrario y opuesto al clasicismo antiguo y al renacimiento moderno. Sin embargo, Calvino encontró dos primeros escritores que imitar en la literatura latina; Séneca por su fondo y Ciceron por su forma. Pocos escritores del antiguo mundo se acercan al pensamiento cristiano, como el escritor cordobés del tiempo de Neron. La crítica de nuestros dias, atenta solo á la verdad histórica y real, se ha visto forzada por necesidades inevitables á emplear todos sus medios para disuadir al vulgo de una creencia muy arraigada y extendida, la creencia de que Séneca fué discípulo de San Pablo. Su espiritualismo, su severidad moral, su creencia en Dios, su exaltacion de todas las virtudes, su estoicismo, dábanle carácter cristiano, y hacíanle, como á Virgilio, un santo Padre de la nueva Iglesia. Pero la oscuridad á veces del pensamiento, la frecuencia del retruécano, las excesivas argucias, los sobrados refinamientos, el latin ya degenerado de Séneca, no gustaban á Calvino, como le placía la

elegancia y la propiedad de Ciceron, tambien espiritualista y deista, por lo cual apropiado tambien á su pensamiento y á su creencia. Sin embargo, en todos estos latinistas del Renacimiento reemplaza la erudicion á la naturaleza. Los mas diestros en escribir las lenguas muertas, no pueden dar á las palabras esa vida, que solo alcanzan al ir de boca en boca, y al volar ligeras y aladas por los aires. En todas las obras latinas del Renacimiento surge una dificultad no vencida, la dificultad de contener ideas vivientes en lenguas ya muertas. Así, el ímpetu de la idea y el sarcasmo del acento no suelen hallarse, no, en los discursos latinos del reformador como se hallan á cada paso en sus discursos franceses. Estos, que los taquígrafos tomaran al vuelo, conservan aun las culminantes cualidades reconocidas ya en el ingenio de Calvino, la claridad luminosísima y el vigor extraordinario. La division mas natural de sus sermones, como la division mas natural de sus escritos, dimana de la doble complexion de su ingenio. Calvino es un teólogo, y al par de un teólogo, Calvino es un moralista. Lutero tiende principalmente á reformar las ideas, Calvino tiende principalmente á reformar las costumbres. Por consecuencia, los discursos de este divídense, á virtud de su carácter y su tendencia, en discursos teológicos y en discursos morales. ¡Oh! la suerte de los jóvenes embarga su atencion y ocupa su palabra. Como todos los grandes profetas, quiere preparar lo porvenir y adelantarse al curso de los tiempos. Esa inquieta movilidad de los primeros años, tan expuesta de suyo á las mayores proezas y á los mayores tropiezos, despierta su inteligencia y atrae su amor. Por tanto, la mueve á menospreciar las riquezas que corrompen y los falsos placeres del mundo que destruyen y ahogan las altas vocaciones del espíritu y desoyen y desechan los llamamientos de Dios. El egoismo encuentra en él un formidable adversario; la idea de la gracia encuentra en él un apologista incomparable. Nadie le ha excedido en examinar la virtud redentora de la sangre derramada por Cristo en el Calvario; nadie ha infundido una confianza mayor en Dios. Como quiera que libra toda la suerte de su doctrina dogmática y de su cristianismo republicano á un reconocimiento de que mejoran las costumbres y purifican la vida, toma excesivo empeño en corregir todos los defectos de sus fieles y darles en rostro con todos sus vicios. Así, la murmuracion, la pereza, el escándalo, las falsas devociones, la

idolatría pública ó secreta, la indecision criminal en abrazar la nueva fe, le sacan de quicio y le obligan á elocuentes vejámenes en los que resuella toda su fragorosa indignacion. Otro de los vicios perseguidos con mayor furia por Calvino, es el vicio de aquellos asistentes al templo que prestan un hipócrita y externo y aparente homenaje, creyendo fácil engañar á quien mira y ve hasta el fondo mismo de las conciencias y de las almas. El templo divino está formado, no por las piedras, sino por las ideas; y la presencia de los fieles debe ser una presencia en espíritu y verdad. Esta correccion á los suyos, tan continua y tan acerba, muestra cuán acerba será por necesidad la oposicion á sus numerosos enemigos. Calvino los encuentra en sus predicaciones á cada paso. No anda un dia solo por la cansada ruta del mundo, sin topar con algunas asechanzas y sin recibir algunas heridas. Los católicos ortodoxos y antiguos se unen á los protestantes pervertidos ó débiles para criticarle y perseguirle. David, uno de sus grandes modelos, uno de sus grandes maestros, combatiente como él, y como él absorto en la divina fe, préstale palabras para fortalecerse y resignarse, despues de haber contado el sinnúmero de sus enemigos. La naturaleza humana jamás consiente que una grande obra se realice y que se consume un gran progreso en el mundo, sin que á cada paso surja el obstáculo de una dificultad, y sobre cada dificultad surja por necesidad el tropel de numerosos enemigos conjurados contra todas las verdades y todos los derechos. A la contemplacion de estos fenómenos provinientes de leyes naturales, exáltase Calvino con extraordinaria exaltacion, y cae su pensamiento, por el propio peso, en todos los delirios pesimistas de los místicos mas extravagantes. Cuando tal acceso de melancolía le sobrecoge, arrastra la naturaleza humana por el lodo y la compara con una cancerosa prostituta. Su ánimo dolorido y su inteligencia perpleja solo aciertan á dolerse y quejarse del irremediable decaimiento de nuestra especie. Sombríos ensueños, parecidos á la danza Macabra, en los cuales bailan, al son del «Dies Iræ», todos los vicios, atenacean sus sueños y sus vigiliás, tomando la forma de remordimientos siniestros. La primera condicion del revolucionario, la fe íntima en su obra, tenía la Calvino, pero no en los elementos políticos y sociales con que debia esta idea cumplirse ó realizarse. Parecíale á su idealismo exagerado una comunión demasiado corrompida la